

NOVEDADES EN CATALOGACIÓN DE MANUSCRITOS GRIEGOS.  
UNA VISIÓN CRÍTICA

- ANDRIST, PATRICK, *Les manuscrits grecs conservés à la Bibliothèque de la Bourgeoisie de Berne – Burgerbibliothek Bern. Catalogue et histoire de la collection*. Dietikon-Zürich, Urs Graf Verlag, 2007. 349 pp., 77 ilustr. + 1 CD-ROM.
- KOUROPOU, MATOULA y GÉHIN, PAUL, *Catalogue des manuscrits conservés dans la bibliothèque du Patriarcat Œcuménique. Les manuscrits du monastère de la Panaghia de Chalki*. vol. I: *Notices descriptives*; vol. II: *Illustrations*, Turnhout, Brepols, 2008.
- LAMBERZ, ERICH, *Katalog der griechischen Handschriften des Athosklosters Vatopedi*, vol., *Codices 1-102*. Tesalónica, Patriarchal Institute for Patristic Studies, 2006, 508 pp. + 1 CD.
- OLIVIER, JEAN-MARIE y MONEGIER DU SORBIER, MARIE-AUDE, *Manuscrits grecs récemment découverts en République tchèque. Supplément au Catalogue des Manuscrits Grecs de Tchécoslovaquie*, París, CNRS Éditions, 2006, XXX + 438 pp. + 35 pl. con filigranas, 3 pl. con pautados, XLV pl. con ilustraciones.

La publicación reciente de diversos catálogos de manuscritos griegos nos brinda la oportunidad de reflexionar brevemente al hilo de esta reseña conjunta sobre los límites de la labor del catalogador. Esta cuestión, la de dónde acaba la descripción de una ficha de catálogo y dónde empieza el estudio del manuscrito, trae a la mente el famoso relato de Jorge Luis Borges en el que un mapa del mundo que se quiere hacer lo más detallado posible acaba adquiriendo las dimensiones de la propia superficie terrestre. Del mismo modo, ¿debe la ficha de un catálogo describir un códice hasta el último detalle (la mancha en el margen de un folio, la sílaba incluida por un lector para probar su cálamo, la rotura y posterior cosido de un trozo de pergamino...)?, ¿o debe presentar de un modo escueto la información relevante para el historiador, el filólogo o el paleógrafo? En los catálogos reseñados encontraremos casos que ilustran ambas opciones. Por lo que a mí respecta, he de confesar que el dilema no es tal: la ficha de catálogo no debe presentar el examen de los pormenores de un manuscrito, en especial los banales, sino que debe ofrecer una descripción veraz y realista de los elementos significativos discernibles en un manuscrito. Una vez reconocidos éstos, debe ofrecer una interpretación de la génesis del manuscrito en función de esos datos y de la información externa complementaria. Desentrañar cómo se conformó el manuscrito tal y como se conserva en la actualidad es el broche indispensable a una descripción fiel y sucinta, pues sólo gracias a esa interpretación el lector del catálogo podrá valorar el interés del códice cuya ficha tiene ante los ojos.

Los catálogos de manuscritos son el instrumento indispensable que comunica con el investigador el libro investigable. En ellos, el paleógrafo busca los testimonios escritos de una época y el filólogo o el historiador, los ejemplares de una obra o un autor. Cada manuscrito es único en sí mismo y un buen catálogo tiene que presentar de un modo sistemático, con índices cuidados y completos, esas diversas unicidades, para acercar al estudioso el material susceptible de estudio. Sin embargo, a día de hoy, muchas son las bibliotecas que carecen de descripciones adecuadas de sus fondos y sólo ponen a disposición del estudioso inventarios que ofrecen la fecha, el material y el contenido del volumen. La cuestión no está, por lo tanto, en poner las bridas al animoso catalogador, cuyos esfuerzos todos agradecemos, sino en invitarle a que se mida las fuerzas, ya que el pormenor en la catalogación dificulta, sin duda, el extender esa tarea a otros manuscritos, algo de lo que estamos tan necesitados. En España, parte de los fondos griegos de la Universidad de Salamanca y la totalidad de los de la Biblioteca Capítular de Toledo se encuentran todavía en esta situación, pero también los manuscritos griegos de la Bibliothèque Nationale de France fueron catalogados sólo someramente por Henri Omont hace más de un siglo y la mayor parte de esos fondos no han merecido después una catalogación mejor. Con los medios actuales, lo más probable es que esos catálogos completos y sistemáticos no se realicen nunca y que su función sea desempeñada por fichas telemáticas que, al menos, incluirán las novedades bibliográficas sobre cada manuscrito —un trabajo que muchas bibliotecas han mantenido al día en distintos formatos (*on line*, ficheros, etc.)—. Buen ejemplo de ello es la Biblioteca Ambrosiana de Milán, cuyo fondo griego fue catalogado por Martini y Bassi en 1906 y ahora ofrece *on line* una actualización del catálogo en la que sólo la colaboración de numerosas personas ha permitido su realización.

Pero los trabajos que reseñamos demuestran que sigue habiendo catalogadores dispuestos a sacrificar el beneficio inmediato del artículo o la conferencia preparados en pocas semanas en favor de un trabajo duro pero perdurable, catalogadores a quienes se les pide ser no sólo estudiosos de los textos griegos y avezados codicólogos y paleógrafos sino también buenos conocedores de la historia de Bizancio, del Humanismo y de la Grecia otomana y moderna.

De los dos catálogos dedicados a fondos pequeños, uno, en realidad, es un suplemento a la publicación anterior de los mismos estudiosos, Jean-Marie Olivier y Marie-Aude Monegier du Sorbier, del *Catalogue des manuscrits grecs de Tchécoslovaquie* (Éditions du CNRS, 1983), tras la cual, a raíz de una intensa actividad de reorganización e inventariado de las bibliotecas de la República Checa, otros códices salieron a la luz en la propia Biblioteca Nacional de Praga, el Museo Nacional, la Academia de Ciencias y en la biblioteca de los Lobkowicz (actualmente en el Castillo de Nelahozeves). De un total de estos veintitrés manuscritos griegos descritos por los estudiosos franceses, once códices conforman el grupo más coherente, el que procede de los monasterios macedonios de Kosínitsa y de San Juan Pródromo de Serres,

de donde fueron robados en 1917 por un checo, Vladimir Sis, que se encontraba al mando de las tropas búlgaras que entraron en la Macedonia griega. Este grupo incluye manuscritos destacables como la colectánea de textos históricos, morales y ascéticos copiada en 1304/1305 por el famoso calígrafo Teodoro Hagiopetríta (*PNK* XXV C 23), una copia de las *Homilias* de Gregorio de Nacianzo (*PNK* XXV C 23) y un evangelario del grupo Ferrar (*PKAV* 1 TG 3).

Los autores se sirven del latín para las indicaciones concisas y la descripción del contenido, y del francés para las explicaciones codicológicas. Tras la presentación, especialmente detallada, del contenido, la descripción se articula del siguiente modo: material, composición de cuadernos, filigranas, dimensiones de la escritura, escritura, decoración, anotaciones, encuadernación, poseedores, historia (término utilizado de un modo reductivo, pues no traza la historia del códice, sino el modo en que llegó a la biblioteca de destino) y bibliografía. Los textos son presentados detalladamente y detallados son también el índice de *initia* y el general.

La descripción paleográfica es, por el contrario, bastante somera y no justifica las dataciones de algunas manos, normalmente poco precisas. En mi opinión, habría que someter a escrutinio las dataciones en el siglo XII de los *PNK* XXV C 21, 22 y 24 (pp. 105, 113, 154), demasiado tardías. En el caso del *PNK* XXV C 37, con las *Doctrinae* de Doroteo de Gaza, datado a mediados del siglo XII (pp. 236-238), el error es más llamativo, porque se trata sin duda de una copia paleóloga, de la segunda mitad del XIII (escritura mimética). En el caso del *PNK* XXV C 26, con la tríada de Eurípides y Sófocles, se da una datación genérica en el siglo XIV, cuando fácilmente se podría precisar en el segundo cuarto del siglo, y se renuncia a distinguir las manos. Una propuesta parcial de distinción (p. 174) resulta por lo demás fallida, pues, a tenor de lo que se ve en las pl. XXVI y XXVII, se trata de una sola mano.

Examinemos un poco más de cerca el *PNK* XXV C 31 (pp. 205-221), también procedente del monasterio de Serres. Sus 168 ff. contienen una serie de materiales lexicográficos y gramaticales de raigambre planudea descritos extensamente. Sin embargo, la descripción del material como papel oriental no se sostiene si identificamos el copista de los ff. 1-11v (pl. XXIX) con el estudioso constantinopolitano Isaac Argiro († 1375), activo en una época en la que el papel oriental era una rareza y que probablemente adecuó su añadido al formato original del volumen. La diferencia cronológica con el cop. B, que copió la mayor parte del códice a comienzos del siglo XIV (pl. XXX), invita a pensar que los folios iniciales son un añadido posterior, como lo es probablemente la adición del cop. C (pl. XXXIa), identificable con el maestro de Argiro, Nicéforo Gregorás, y la de los cop. D y E (el primero es Gregorio de Manganas y el segundo un colaborador suyo). Finalmente, el copista de los añadidos de f. 122 l. 13-16 y f. 140 (pl. XXXIV) es un conocido escriba patriarcal, Jorge Galesiotes. Los catalogadores no han identificado ninguna de sus manos y está plenamente justificado que no se conozcan las escrituras de todos los

copistas griegos, aun los más famosos. La cuestión es que las fotografías permiten desentrañar una historia que los catalogadores no nos cuentan. Al no señalar diferencias cronológicas entre los copistas ni distinguir entre los distintos tipos de papel utilizados, pasa desapercibido el hecho de que el volumen actual es el resultado de las adiciones y compleciones de una copia del *Etymologicum* de Simeón y de breves obras de sintaxis y dialectología que estaba deteriorada no mucho después de haber sido escrita. Un análisis combinado de los distintos elementos descritos habría arrojado luz sobre la génesis del manuscrito que, sin el análisis material pormenorizado, podemos intuir pero no explicar.

Todo lo contrario sucede con el segundo catálogo dedicado a un fondo de dimensiones limitadas, el de la Burgerbibliothek de Berna (35 manuscritos, + 1 fragmento) realizado por Patrick Andrist, un espléndido volumen que se cierra con un índice analítico obra de Renate Burri y cuyo principio básico es «l'idée forte que, pour comprendre la nature d'un codex, la première étape, et la plus importante de toutes, est d'en saisir la structure». Patrick Andrist es autor de unas «Règles de catalogage» ([www.codices.ch/catalogi/leges\\_2007.pdf](http://www.codices.ch/catalogi/leges_2007.pdf) y en el CD que acompaña al catálogo) que resultarán utilísimas a cualquiera que proyecte el catálogo de un fondo manuscrito. Las fichas descriptivas van precedidas por una interesante introducción, bien arropada con ilustraciones, sobre la historia del fondo bernés, con especial atención a las encuadernaciones, inventarios anteriores del fondo y un índice alfabético de los antiguos poseedores, entre los que destaca el diplomático francés protestante Jacques Bongars († 1612).

La organización de la ficha presenta una estructura compleja pero tipográficamente clara y altamente efectiva en la descripción de códices misceláneos. Incluye una presentación inicial sintética del código que no olvida ni la encuadernación ni el contenido y establece las UC (unidades codicológicas) que van a estar en la base de la descripción. Cuando el código es sencillo (por ejemplo, contiene una sola obra), esta presentación sucinta puede resultar superflua, pero se mantiene por coherencia con el resto de las fichas.

Cada UC es descrita según el siguiente esquema: una presentación detallada de los textos (que incluye referencias a su historia, incluyendo las bibliográficas), la «organisation du contenu» (se refiere a la relación del texto con el espacio de la página, una información poco usual y destinada a reflejar las soluciones que el copista da al acomodo del texto en el espacio de escritura), el material y su estado de conservación, organización de cuadernos y páginas y la escritura y ornamentación. Una vez acabada esta descripción de las UC, siguen una serie de apartados comunes a la totalidad del volumen: notas del copista y de lectores (distinguiendo las relativas al texto de las demás), encuadernación, historia (esta vez sí, entendiéndola por tal la que se inicia con la copia del volumen) y bibliografía. Señalemos como un rasgo notable la máxima precisión que se ha dado a las fechas (en 1/6 de siglo = aprox. 15 años) tanto de la escritura principal como de las notas.

El códice más antiguo conservado en Berna no es, como se indica, del siglo XII, puesto que el cod. 784 (pp. 314-316, pl. 95), ha sido copiado en una escritura mimética propia de la segunda mitad del siglo XIII. Pero, dejando de lado dos códices y una UC de un tercero del siglo XIV, la mayor parte del fondo fue copiada en Italia y Francia en los siglos XV y XVI. Esto hermana el fondo bernés con los conservados en España, también dominados por la producción italiana de códices griegos y, en menor medida, por la procedente de París y los Países Bajos. Véase, sin ir más lejos, el cod. 177, con la *Synopsis basilicarum* copiada por Nicolás de la Torre en París en 1566-1567. Ese texto fue copiado por el mismo Nicolás (que sería posteriormente nombrado calígrafo real por Felipe II) en Segovia en otras tres copias (Cambridge, University Library, Cantabr. Kk.V.11; Salamanca, Biblioteca Universitaria, Salm. 2737, y Real Monasterio de S. Lorenzo de El Escorial, Escor. Σ.I.8). Otros códices copiados en París a finales del siglo XV son los de Jorge Hermónimo de Lacedemonia, con una curiosa técnica mixta que une la tradición griega con la latina (codd. 287, 629, 642, 703A-B9).

Como decíamos, es en los códices misceláneos donde más útil se revela la organización de la ficha en UC, por ejemplo, en el cod. 579 (pp. 232-254), que está formado por doce UC vinculadas sólo por su probable pertenencia a la biblioteca de Bongars, y organizadas en cinco «conjuntos» (*ensembles*) caracterizados por el texto o el copista. Esta distribución de la información puede dar lugar a algunas repeticiones, en el caso de copias de textos realizadas de un modo aproximadamente contemporáneo por diversos copistas que no han coordinado su trabajo o por un copista en varias fases distinguibles, pero no pierde claridad por esta circunstancia. El autor se muestra flexible en la articulación de los contenidos y no ahorra los reenvíos a otras secciones de la ficha para aclarar la descripción.

Poco justificable es, sin embargo, a nuestro entender, la inclusión de detalles de este tipo (p. 100, cod. A69): «(en el f. 2r) presencia de tres trazos rojos de 14 mm paralelos al pliegue, interrumpidos por el corte superior; se encuentran, respectivamente, a 7, 10 y 12 mm del pliegue.» Es un añadido para el que el propio autor no tiene explicación y que posiblemente no significa nada. ¿Por qué incluirlo? Más significativa es, por ejemplo, la adición en pp. 117-118 de un *excursus* sobre los manuscritos utilizados por Löwenkrau en su edición del *Breviarium chronicum* de Constantino Manases. Aquí se ha borrado la frontera entre una ficha descriptiva y un estudio.

El catálogo más conciso de los que reseñamos es el de Erich Lamberz, cuya larga relación con el Monte Atos ha proporcionado al mundo científico fructíferos hallazgos e investigaciones. Después de años de trabajo, nos ofrece ahora este primer volumen (Códices 1-102) del catálogo de manuscritos del monasterio de Vatopedi, que alberga una de las tres bibliotecas más ricas del Monte Atos, junto con las de la Gran Lavra e Iviron. Esta riqueza se explica en gran parte por la relación privilegiada

con el poder constantinopolitano de la que los monasterios atonitas se beneficiaron desde su fundación. En el caso de Vatopedi, el ejemplo más claro es la donación efectuada por el emperador Juan Cantacuzeno hacia 1350 de veintiséis suntuosos códices procedentes de su biblioteca privada, donación de la que formaban parte los Vatop. 5, 6 y 65 (Atanasio de Alejandría y Basilio de Cesarea) descritos en el presente catálogo.

Lamberz presta un interés especial a las escrituras de copistas y anotaciones, lo que le permite trazar con detalle la historia de los códices, pero en las descripciones paleográficas se decanta por «etiquetar» las escrituras, siguiendo una tradición alemana (o más bien, austríaca) de estilos que se corresponden poco con la realidad, del tipo *Perlschrift*, *Metochitenschrift*, *Fettaugenmode*. La concisa presentación se articula en once apartados que siguen a la indicación del contenido: material, disposición del texto, cuadernos, signaturas, pautado, escritura, notas, poseedores, ilustraciones, encuadernación y bibliografía.

Destaquemos entre los códices catalogados el Vatop. 31, un Elio Aristides copiado en el siglo XV, el Vatop. 33 (s. XVI) con la tríada de Aristófanes, Sófocles y Esquilo, acompañadas de material gramatical, y el famoso *Florilegium Vatopedinum* (s. XI, Vatop. 36), que reúne *excerpta* teológicos con otros de Homero, Sófocles y Eurípides.

Un catálogo de un fondo más numeroso todavía es el realizado por Matoula Kouroupou y Paul Géhin de los 171 manuscritos conservados en el Patriarcado Ecuménico (Estambul) desde 1936 y procedentes del monasterio de la Panayía en la isla de Jalkí (Calce), en el Mar de Mármara, en una vecindad a Estambul reflejada en la procedencia constantinopolitana de parte del fondo y la presencia de afamados calígrafos entre los copistas. La publicación consta de 2 volúmenes, de los que el segundo está dedicado a ilustrar páginas de los códices y, notablemente, sus encuadernaciones antiguas (pl. 260-295). Desgraciadamente, no todas las fotos tienen la calidad que merecen los manuscritos. Los autores han indicado cuidadosamente en porcentaje la relación del tamaño de la fotografía con la del original.

La introducción traza la historia de los copistas activos en la Panayía y en Sozópolis, un fragmento interesantísimo de la historia ortodoxa en época otomana. Una parte de los códices salió del convento con destino al monasterio próximo de la Santa Trinidad (del que a su vez la Panayía poseyó manuscritos), el Atos, Patmos, Bruselas y la Ann Arbor University (Michigan). Una parte son manuscritos copiados en el propio monasterio para satisfacer las necesidades de la comunidad, otros llegaron con los monjes del Pródromo de Sozópolis en 1629 (constituyen un tercio de la colección anterior a esa fecha) y otros tienen origen variado. La llegada de los prodromitas aseguró una actividad de copia hasta mediados del siglo XVII, pero los manuscritos posteriores son ya producto de donaciones por parte de fanariotas, obispos o patriarcas.

Fechados entre el siglo X y el XVIII (setenta y seis son anteriores al siglo XV, veintiuno del siglo XV y cuarenta y tres del XVI), dominan los salterios, tetraevangelios, sinaxarios, meneos, comentarios a los Evangelios y obras patrísticas, pero no falta un códice con Demóstenes (Pan. 24), Aristófanes, *Pluto* y *Nubes* (Pan. 156) o textos gramaticales (Pan. 159, s. XIV). Los manuscritos bizantinos tienen en muchos casos una gran calidad de ejecución. Es el caso de los códices patrísticos decorados y exquisitamente escritos en los siglos X y XI sin duda en Constantinopla (Pan. 2, 4, 5, 7, 16), donde también el afamado calígrafo Josafat de Hodegos copió el Tetraevangelio Pan. 27 en 1369. Digamos que al cop. 1 de la colección canónica Pan. 78 también puede ser identificado: es el Jorge que en 1357 copió el Roma, Biblioteca Angelica, Angel. 31 (RGK II 103).

Resulta francamente sorprendente el gran número de manuscritos vinculados al Patriarcado de Constantinopla por su contenido, su copia o su historia posterior, sin que en la Introducción hayamos encontrado nada que justifique este curioso movimiento circular que devolvió en 1936 tales manuscritos al Patriarcado. Por ejemplo, el Pan. 33 es un praxapóstolo de cuidada factura donado en 1082-1083 al monasterio de la Kamariotissa en las Cícladas por su abad. El texto central de los ff. 29-90, 117-188 queda sin atribución a un copista, que —según la reproducción de pl. 51— podría ser ligeramente posterior al cop. 1. Los numerosos textos marginales dificultan la descripción del volumen y la información aparece presentada de un modo poco sistemático, incluyendo distinciones de manos en la sección que presenta el contenido, quizá para evitar repeticiones innecesarias que producen ciertas incongruencias. Resulta realmente notable que en los márgenes del praxapóstolo se hayan incluido no sólo textos relacionados con la polémica entre la Ortodoxia y Roma, sino también documentos griegos dirigidos a diversos papas. La carta del patriarca Juan Camatero a Inocencio III (1198-1200) en ff. 116v-118v no está copiada en el siglo XIII/XIV, como indica el catálogo (cf. pl. 51): su fecha no es muy posterior a la del propio documento y su presencia en un códice de la Kamariotissa sólo se explica por la inclusión de algún funcionario patriarcal o miembro del clero constantinopolitano que saliera de la Polis en 1204. La formación gráfica de su mano así lo sugiere. Un origen constantinopolitano se podría asimismo defender para la mano D (pl. 52) que incluyó en el f. 188r-v un fragmento de Atanasio de Alejandría (tercer cuarto del s. XIII).

Un segundo ejemplo: cumpliendo un retorcido designio, el sinaxario Pan. 48 fue copiado en 1325 por un afamado monje del Pródromo de Petra (Constantinopla), Neófito, y entregado por el *mega dux* Alejo Apocauco a una fundación suya en Selimbria. El patriarca Genadio Escolario lo depositó de nuevo en el Pródromo de Petra en 1462-1463 y en fecha indeterminada fue llevado a la isla de Calce. En algún momento de esta trayectoria, el códice recibió una encuadernación con el monograma de los Paleólogos (pl. 271), pero no se explica cuándo ni cómo pudo ser propiedad de la familia imperial. El Pródromo constantinopolitano es famoso por



sus restauraciones de libros y sus encuadernaciones, que se suelen datar a finales del siglo XIV y comienzos del XV. Pero ¿en 1462-1463, cuando Constantinopla estaba ya bajo dominio otomano, esta actividad se mantenía?, ¿o la encuadernación es la original del códice, de 1325, y Apocauco se apropió de él durante el régimen de terror que instauró en la Polis entre 1341 y 1345, confiscando numerosas propiedades privadas?

Un tercer ejemplo: el Pan. 82 perteneció a un cartulario de la Gran Iglesia (*sc.* Santa Sofía, la sede del Patriarcado en época bizantina) de nombre Jorge y probablemente fue también copiado en la capital. En su descripción habría sido interesante aplicar el modelo de las UC, puesto que, aun tratándose de un volumen que se puede caracterizar de un modo general como copiado en papel en el siglo XIII, la tradición gráfica de sus tres copistas es muy diferente —de hecho, el cop. 1 está activo al final del siglo o a comienzos del siguiente— y cada uno de ellos ha copiado un texto distinto en grupos de cuadernos separados en cuyas fronteras se observa, además, deterioro y pérdida de folios. Hay que deducir que hicieron la parte inicial de su camino separadamente y que es preferible tratar de modo independiente su triple origen.

La descripción en UC habría sido interesante también para manuscritos tan complejos como el Pan. 64, cuya descripción se prolonga en diecisiete densas páginas que no determinan las fases de composición. Por ejemplo, por la distribución de las manos y los cuadernos, parece que los cop. 1, 2, 5, 7, 8 y 9 colaboran entre sí, pero dataríamos de buena gana algunas de estas manos a finales del siglo XII (cop. 1 y 9), datación que resulta poco verosímil para otras del mismo conjunto, de mediados del siglo XIII. El cop. 4 no debería considerarse tal, puesto que su adición es posterior, ocupando el breve espacio en blanco de una página. El cop. 10 trabaja aisladamente, lo mismo que el cop. 11, que copia un cuaderno (ff. 171-178); el cop. 3 parece haberse limitado a transcribir textos breves en huecos (con una excepción, ff. 120v-124v, Agapeto Diácono, donde trabaja independientemente), pero no es muy posterior al resto de la copia. En fin, una descripción más orgánica habría facilitado la comprensión del proceso de copia, que habría que adscribir a la fase del Imperio de Nicea, como sugieren las escrituras de los cop. 1, 7 y 10.

Finalmente, el Pan. 157 es presentado, con razón, como un códice ficticio, pero la coherencia de los textos y de las manos que los copian sugiere un plan común de reunir textos útiles para la enseñanza retórica, a los que se han añadido obras de la gran polémica contemporánea palamita. Una vez más, no es descartable una vinculación al Patriarcado, por la presencia de algunas obras (ff. 303-304) y de algunos copistas patriarcales, como las manos 10 y 11 (pl. 224), quizá la de Jorge Galesiotes.

Este análisis de las publicaciones reseñadas es, como pueden ver, fundamentalmente paleográfico y codicológico y no hace justicia a la inmensa labor de identifica-



ción de textos y su descripción detallada a la que están consagrados, en especial, los catálogos franceses. Todos ellos muestran la seriedad con la que se aborda el trabajo de descripción de los códices griegos. Encontrar el equilibrio entre las distintas facetas del libro y valorar adecuadamente el interés de la información recabada, es el reto de estos y de futuros catálogos.

INMACULADA PÉREZ MARTÍN  
ILC-CSIC